

LA TRAGEDIA DEL CAMPO



Por. Eliseo Restrepo Londoño
Miembro Junta Directiva de
Fedepalma
Especial para El Tiempo, abril 6
de 1998

En un reciente editorial de la revista del Banco de la República, se analiza la evolución de las importaciones agropecuarias en algunos países, después de la apertura, para concluir que el aumento de dichas importaciones, en Colombia, hace parte de un fenómeno natural y generalizado.

No tiene importancia para el editorialista, que las siembras de cultivos transitorios estén al nivel de los años 70, en tanto que la población prácticamente se ha duplicado, que se hayan perdido miles y miles de empleos, que la pobreza en el campo sea atroz y se haya convertido en caldo de cultivo para la delincuencia.

Tampoco parece preocuparle que el valor de las importaciones agropecuarias haya aumentado en siete años de 500 millones de dólares a cerca de 2000 millones de dólares anuales, siendo esta diferencia un monto sustancial del déficit en la balanza comercial, que tiene al país a las puertas de una crisis cambiaria.

Es justo reconocer que en el editorial comentado, se sugiere acertadamente algunas acciones que podrían tomarse para remediar la situación de la agricultura. Al respecto dice: "es necesario diseñar políticas macroeconómicas que propicien el crecimiento real de la economía y eviten la producción agropecuaria, adecuando la infraestructura, fortaleciendo las instituciones...". Resulta inconsistente, sin embargo, que se recomiende una cosa y se haya hecho y se esté haciendo lo contrario. ¿Acaso no son las altas tasas de interés la causa principal de la revaluación y de la crisis de los sectores productivos? ¿De igual manera, el empeño actual en defender la tasa de cambio con base en alzas sangrientas en el costo del

dinero, no es un nuevo factor de estancamiento y de permanencia de la revaluación, con la consiguiente pérdida de competitividad?

No cabe duda de que la crisis del campo tiene también otras causas, fácilmente identificables. Entre ellas las exorbitantes tasas de interés, el doble impacto negativo de la rebaja de aranceles (del 41 al 10 por ciento) sumado a la revaluación; la ineficiencia y el costo de los servicios públicos; los aumentos en serie en los impuestos y en las tasas y las menores asignaciones presupuestales al Ministerio de Agricultura.

Por estas y por otras razones, resulta evidente que lo ocurrido en el sector agropecuario, no tuvo origen en hechos inevitables, sino en errores crasos y en el mal trato deliberado de la ortodoxia neoriberal, a los sectores productivos.

Es difícil imaginar que pueda darse, en país alguno, un manejo económico y político tan improvidente, con el agravante de que nuestro sector agropecuario venía agobiado desde antes, por la pobreza y la violencia. En estas condiciones, nuestro mayor anhelo, la paz, una paz integral, que redima al campo, no cabe dentro de lo posible. Hace falta una rectificación, que desafortunadamente no se dará en la agonía del actual gobierno y, tampoco se percibe, en las propuestas de los candidatos más opcionados.

No cabe duda de que la crisis del campo tiene también otras causas, fácilmente identificables. Entre ellas las exorbitantes tasas de interés, el doble impacto negativo de la rebaja de aranceles (del 41 al 10 por ciento) sumado a la revaluación; la ineficiencia y el costo de los servicios públicos; los aumentos en serie en los impuestos y en las tasas y las menores asignaciones presupuestales al Ministerio de Agricultura.